

2. La madurez espiritual de San Benito

Venís a Roma para formaros en la vida monástica. Sin embargo, san Benito ha huido de los estudios que estaba haciendo en Roma para hacerse monje. Pero en los tiempos de san Benito no existía nuestro Curso, si hubiera sido así, sin duda Benito se hubiera quedado para seguirlo...

Por lo tanto, Benito dejó Roma para retirarse a Subiaco donde comenzó un camino ascético muy exigente, a través del cual Dios lo purificó cada vez más hasta llegar a ser el padre monástico que nos ha engendrado también a nosotros. Es desde su retiro de Subiaco, lugar en el que “*habitavit secum* – habitó consigo mismo” bajo la mirada del Creador, desde donde san Benito comenzó a atraer discípulos y a fundar rápidamente doce monasterios (S. Gregorio Magno, *Diálogos* II,3).

Esta fecundidad paterna de san Benito, que desde entonces jamás se ha agotado, fue ciertamente fruto de su ascesis, de su soledad, de su lucha contra los vicios, hasta el punto de arrojarse desnudo a los espinos y a las ortigas. Pero san Gregorio hace preceder el inicio de la fecundidad monástica de san Benito con el episodio que, según mi parecer, describe su verdadera y definitiva madurez espiritual. Es cuando los monjes de Vicovaro, tras la muerte del superior, le suplican que sea su padre. San Benito intenta rechazarlo, porque sabe que estos monjes no comprenden su observancia rigurosa, pero al final cede ante su insistencia. Después, los monjes de Vicovaro se arrepienten de haberlo querido como abad y llegan a odiarlo tanto que le ponen veneno en su vaso de vino. Como sabéis, san Benito hace la señal de la Cruz y el vaso se rompe.

¿Cómo reacciona Benito ante esta tentativa de homicidio? San Gregorio nos lo describe así: “Se levantó al momento y, con el rostro afable y ánimo tranquilo (*vultu placido, mente tranquilla*) convocó a los monjes dirigiéndoles estas palabras: ‘Dios omnipotente tenga misericordia de vosotros, hermanos (*misereatur vestri, fratres, omnipotens Deus*); ¿por qué habéis querido hacerme esto?’ ” (*Diálogos* II,3).

“Dios omnipotente tenga misericordia de vosotros, hermanos”. Es como la fórmula de absolución sacramental. Benito reacciona al mal, al odio, a la persecución, con la misericordia de Dios, pidiendo a Dios el perdón de sus enemigos, como Jesús en la Cruz: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). Su rostro es pacífico y su ánimo es tranquilo, signo de que esta misericordia es profunda en él, coincide con su corazón. Su rostro irradia una misericordia que ha pacificado su corazón.

Benito pide a sus enemigos ser conscientes del mal que querían hacerlo: “¿Por qué habéis querido hacerme esto?”, como cuando Jesús preguntó al guardia: “¿Por qué me pegas?” (Jn 18,23). Desea que también ellos se conviertan libremente a la misericordia, que se abran conscientemente al perdón de Dios que ruega para ellos. Pero en su corazón el perdón es perfecto, y los llama “*fratres* – hermanos”.

¿Sabéis que en la Regla san Benito nos llama 91 veces “hermanos” y 36 veces “monjes”? Es indicativo qué fundamental es para él la relación fraterna. Para san Benito somos “hermanos monjes”, “hermanas monjas”, estamos llamados a vivir nuestra consagración exclusiva a Dios, nuestro Padre, a través de la caridad fraterna, y esta caridad comienza con la misericordia con la que nos perdonamos. En el episodio de

Vicovaro, Benito llama a sus peores enemigos, a aquellos que querían eliminarlo como padre, a una fraternidad aún posible, y lo hace ofreciéndoles la misericordia de Dios.

San Benito deja estos monjes, no quiere imponerse como superior, pero su corazón permanecerá unido a ellos para siempre, rezará siempre por ellos, dejando actuar en ellos la misericordia de Dios.

Esta es la madurez espiritual y monástica profunda de san Benito. Se retira a la soledad, en el *habitare secum*, pero seguidamente su carisma comienza a germinar y nacen los primeros monasterios. Benito es ya padre, y lo es porque es misericordioso, “misericordioso como Dios Padre” (cfr. Lc 6,36). Y es este el padre misericordioso como Dios que encontramos al principio de la Regla. La Regla es el camino de vida y conversión en el que un *pius pater*, un padre misericordioso, nos hace de maestro, nos instruye y guía a vivir con plenitud.

Por esto, como decía, la misericordia puede ser verdaderamente una clave de lectura para entender y seguir el camino de nuestra vocación, que no es otro que una profundización en la vocación cristiana de todos. Una profundización que se nos ofrece ante todo porque somos más frágiles que los demás, pero también para ser testigos de cómo la misericordia de Dios en Cristo puede verdaderamente salvar y regenerar la vida humana en todos sus aspectos. Como cuando el hijo pródigo vuelve a casa, el perdón del padre misericordioso no ha sido solamente el abrazo y la fiesta de un día, sino una experiencia a vivir cada día y a dejar fructificar en las relaciones, en el trabajo y en el descanso, en el comer y en el beber, en las alegrías y fatigas de cada día.

He señalado con frecuencia que al comienzo de la Regla de san Benito pone en escena la vuelta a casa del hijo pródigo del Evangelio de Lucas: “para que por tu obediencia laboriosa – escribe san Benito – retornes a Dios, del que te habías alejado por tu indolente desobediencia” (Pról. 2). Toda la Regla está escrita para ayudar a este hijo perdido y vuelto a encontrar para vivir en la casa del Padre bueno, con sus hermanos, para renacer a la vida filial traicionada y que el Padre le devuelve gratuitamente, en abundancia.

En efecto, continuando en el Prólogo, Benito une la misericordia a la vida en el monasterio. Escribe: “El Señor misericordioso (*pius Dominus*) dice: ‘No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva’ (Ez 33,11). Hemos preguntado al Señor, hermanos, quién es el que podrá hospedarse en su tienda y le hemos escuchado cuáles son las condiciones para poder morar en ella: cumplir los compromisos de todo morador de su casa” (Pról 38-39).

La tarea de nuestra vocación es la de aprender a vivir en la tienda del Señor, en la que se nos invita a convertirnos de la muerte del pecado a la vida filial. El pecado nos conduce a la muerte, pero Dios no quiere que muramos. Dios es Padre y quiere nuestra vida. Esta es la misericordia de Dios. Pero la vida significa conversión, pasar de la muerte a la vida, de la muerte del pecado a la vida a la que nos engendra Dios mismo, que es la vida de hijos e hijas de Dios en Cristo. Que se nos ofrezca esta conversión es signo de la misericordia de Dios. Dios nos ama con misericordia ofreciéndonos un camino de conversión para llegar a ser misericordiosos como Él. Y este camino se desarrolla en la “tienda de Dios” que es la comunidad, el monasterio.